

CASAS MODERNAS

—Este letrerito le hay en todas las habitaciones. Se pone en la puerta cuando hay una persona dentro.

Dib. GARRIDO.—Madrid.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —


ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería. S. A.. Apartado 605. Habana

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142



PAPEL
DE
FUMAR

BAMBÚ



LOS TAMOS
POLVO INSECTICIDA
LEYER y COMP^a
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA
CLASE DE INSECTOS



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



POR DIEGO MARSILLA

41.—Se han enfadado mucho.

LAGUNA SACERDOTE

42.—Puedes disponer de ella.

PALOS
A
A NOTA A

43.—Mala vida lleva.

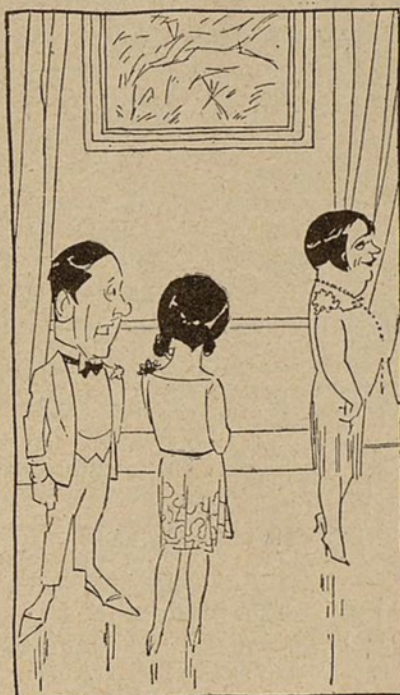
E
Perro Conducto
1000
500



EN EL SALON

—Imposible saber lo que esto re-
presenta.
—Claro... Son combinaciones para
hacer vender los catálogos.
(De Journal Amusait, Paris.)

ALBERTO Pulseras de pedida
7, CARRETAS, 7



FEMINISMO LITERARIO

—Es vieja; pero con ese vestido
verde, a la moda, está muy bien.
—¡Si la oyera hablar! Habla como
un libro.
—¿Como un libro verde?
(De Caras y Caretas, Buenos Aires.)

44.—Bonita vista.

SILLA
S TAPA I
Viena O RERER
EL MOCHUELO

45.—¿Qué tal la comida?

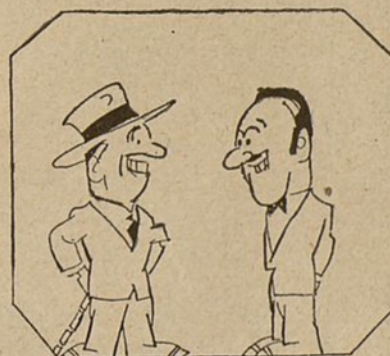
S. S.
PALACIO

46.—Refrán.

X X
T VIENGNO I
N VLON G
Un poco ente
JUDIC Latigo

47.—Tenía que hablar contigo.

100
RIO TRADUCIR DUEÑO
N



EXITO FABULOSO

—¿Cuántos ejemplares vendiste?
—Tres.
—¿Y cómo hablabas de un éxito
fabuloso?
—Porque se trata de un libro de
fábulas.

Perfumeria Belleza



PARIS y BERLIN
gran premio y medallas de oro

Exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA (Registrado)

DEPILATORIO BELLEZA

Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, nuca, etc., sin perjudicar al cutis por delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia alguna. Único que ha obtenido Gran Premio.

RHUM BELLEZA y SIRIO BELLEZA (contra las canas).—Usando uno cualquiera de estos productos desaparecen poco a poco los *cabellos blancos*, devolviéndoles su color primitivo natural con tanta perfección y disimulo, que nadie lo advierte. No manchan ni la piel ni la ropa. Son una novedad científica, pues su acción es debida al *OXIGENO* del aire. No contienen *NITRATO DE PLATA*.

TINTURA WINTER, marca BELLEZA.—Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente natu-

rales e inalterables. Pídanla *negro, castaño, oscuro, castaño natural y castaño claro*. Es la mejor, más práctica y más económica.

CREMA ANGELICAL CUTIS (líquida) y **ALMENDROLINA BELLEZA** (pasta-espumilla).—Dan al cutis blancura natural y finura envidiables *sin necesidad de emplear polvos*. Su acción es tónica y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.*), dando al cutis belleza y distinción (*blanca, rosada y Rachel*).

LOCION BELLEZA.—Con perfumes de frescas flores. *Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas, etc.* Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva.

BRILLANTINA BELLEZA.—Da brillo, elegancia, perfume y suavidad al cabello, no es grasienta ni pegajosa, ni se enrancia.

AGUAS DE COLONIA, marca BELLEZA

ROSAS Y CLAVELES.—Reproduce el perfume intenso de los rosales de España, a la vez que la delicada fragancia del clavel blanco.

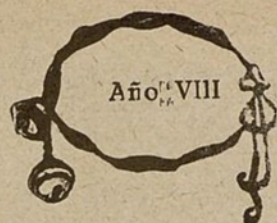
AROMAS DEL MONTE.—La más alta concentración, perfume incomparable, aristocrático, intenso y varonil.

FLOR SELECTA (extra - añeja).—Constituye un incomparable *bouquet*, fino y de gran fijeza y originalidad.

DE VENTA en Perfumerias y Droguerías.

En MEJICO: Cuspinera Forrellad y Morera, 6.^a calle del Pino, 233.—En BUENOS AIRES: Rogelio Mars, González Díaz, 669.—En LISBOA: Luciano Lourenzo, Avenida da Liberdade, 18
En PANAMA: Pedro Pujolás, Farmacia Española, calles B y 13 Oeste.

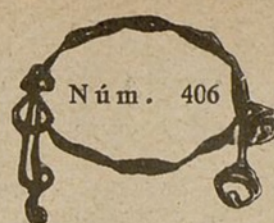
AVISO. Cuando no halle en su localidad el producto que usted desea, pídale a los Fabricantes, ARGENTE HERMANOS, San Isidro, 13, Badalona (España)



BUEN HUMOR

SEMANARIO ILUSTRADO

Madrid, 8 de septiembre de 1929



CHARLAS DOMINICALES



Lo comprendo, sí. Pero ¿de qué vamos a hablar en este domingo, 8 de septiembre?...

¡Del melón; y sólo del melón!

La actualidad (en forma de Virgen, irrespetuosamente llamada *la melonera*) nos impone este sacrificio.

¿Que el tema está muy sobado?... Lo comprendo, sí; pero aún se le puede sacar *punta* al melón. (¿Quién sabe si dos puntas!)

Procuraré ser *original*, huyendo de los chistes fáciles. No intentaré, hablando de melones, que la risa les haga a ustedes *echar las tripas*. No aludiré a la *raja*, ni a la *pipa*, ni me iré a las *Vistillas*, ni aprovecharé lo de *Villaconejos* para jugar del vocablo. Iré al fondo del melón, sin detenerme en la *cortesa*... En una palabra: *filosofaré* acerca del dulce producto de Añover del Tajo.

¿Y por qué no?...

¡Procedamos con *método*!... (Y, acaso, con *navaja*.)

¡*Personalicemos* el melón!... ¡Infiltrémosle en su ser un poco de *humanidad*!... (Así como si le pinchásemos con un tenedor impregnado en zumo de limón.) ¡Hagámosle *humano*!... Después de todo, de *carne* es... Y, a veces, no hay quien pueda marcar la menor diferencia entre un melón y un hombre. ("Plutarco"—"Vidas paralelas".)

¡Escribamos, por tanto, la imaginada *biografía* del melón.

Y hagan ustedes el favor de no distraerse.

El melón nace en agosto de la madre tierra. Y nace rodeado de *cuidados*. (¿Que lo digan los *guardas* del melonar!)

El melón es *bautizado* con riego abundante; y recibe, generalmente, el nombre de *Pepino*.

Su infancia es alegre; y sus estudios, pocos. Siente terror al *bachillerato universitario*. Le asusta la proximidad de las *calabazas*.

Llegado a la *madurez*, se *corta*. (¿Es tan tímido!)

Y entonces empiezan, para él, disgustos y *sinsabores*. (Esto del *sin sabor* es lo peor que puede ocurrirle.)

El melón tiene, en vida, un gran número de enemigos.

Es tachado de torpe e incomprensivo. Cuando los hombres quieren insultar a un *semejante*, dicen de él que es un *melón*...

Recientemente los enemigos de este sabroso fruto le han levantado una *calumnia*. Han dicho que estaba enfermo. Que iba a ser *devorado por los gusanos*. (Aquí aparece, otra vez, la *identidad de destino* entre hombres y melones.)

El rumor, por fortuna, era falso. Al

melón no se le come ningún gusano. Se le come el hombre; y, luego, el hombre es *saboreado*, a su vez, por el *gusanillo* de la mosca que descubrió el doctor Maestre. ("Ophira cadaverina"; y familia.)

Pero dejemos la *materia*; y ¡vengamos a las cualidades *ánimicas* del melón!...

Su *ética* no deja lugar a dudas. Hay melones *muy buenos*.

Su *moral* tampoco es mala. Un poco *retraído* de carácter, sí es. Y un tanto *reservado e impenetrable*, también. Eso de que para *conocerle bien* haya que *calarle*, indica su naturaleza hipócrita y hondamente reconcentrada.

Mas, una vez que se le *cala*, no hay fruto más *abierto y expansivo*.

Por nosotros, se hace *rajas*.

Y nos da, en su generosidad, hasta una indigestión.

Tal es el *cucubirtáceo* producto que hoy nos ocupa. (Esto de *ocupa* ya no tiene nada que ver con la anterior indigestión.)

El *tema*, como habrán observado los lectores, es *inagotable*.

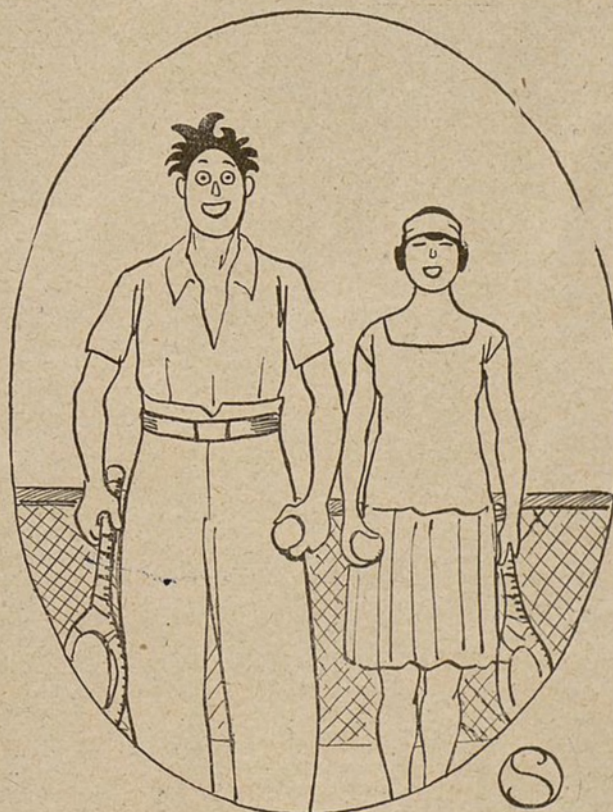
De melones se podría *charlar* meses enteros. Hemos elegido el mes de septiembre porque es el *indicado*. Grandes *puestos*, por esas calles; *juegos florales*, por esos pueblos; y exámenes, por estas Universidades e Institutos. ("Cucurbitas in abundancia".)

El melón es de todos los tiempos. Se come, en tiempo de paz; y puede usarse como *pepinillo*, o bala de *obús*, en tiempo de guerra. Es *clásico* y es *moderno*. Acaso le sea un tanto difícil hacerse *cubista*... Su *forma* le perjudica para el *arte nuevo*...

¡Cantemos, no obstante, al alimbarado fruto de Valencia!...

Y tengamos un sólo cuidado al amontonar las *piezas*.

Es preciso separar, hoy, los melones bolcheviques de los melones *chinos*.



Dib. SILENO.—Deauville.

LUIS DE TAPIA

TRAMPANTOJOS

MODO DE MATAR FANTASMAS

Disparar un tiro contra un fantasma es mucho peor que disparar contra una persona.

Poner un cebo para cazar un fantasma sería de una crueldad inútil, pues no se adelantaría nada dejándole cojo, y no sólo no se adelantaría nada, sino que se le haría mucho más medroso; es decir, mucho más fantasma al darle motivo para que cojease en sus persecuciones nocturnas.

Dar morcilla a un fantasma sería profanación que se pagaría muy cara.

A un fantasma sólo se le puede cazar a lazo. Los antiguos laceros que ya no tienen caballos salvajes que cazar ni vacas en libertad, deberán ser empleados en cazar fantasmas.

Y al fantasma cazado a lazo le amonestará duramente y se le convencerá por la persuasión para que deje de ser fantasma.

Boda de una blanca con un negro.

Fué muy criticada aquella boda; pero se realizó contra todas las oposiciones de la familia de él, que soste-

nían que aquello echaba un borrón sobre el apellido.

El matrimonio comenzó con la inquietud del primer vástago, preguntándose si saldría blanco, negro o achocolatado. El primer conflicto de aquella incógnita fué el no saber de qué colores hacer los trajes del canastillo, porque hay colores que van muy mal al negro y otros que viceversa.

Por fin llegó la hora.

La madre parecía una de esas máquinas a las que se echan diez céntimos y sale una pastilla de chocolate, sólo que por estar un poco descompuesta en aquel momento, el mecánico utilizaba sus herramientas para facilitar la salida de la sorpresa.

El doctor estaba muerto de curiosidad y de sueño, y en medio de ese contradictorio estado de espíritu le atenazaba el temor de que se le olvidasen los capítulos de Ginecología que tratan de los nacimientos de niños negros.

Recordaba prescripciones importantes, como ésta: "En el primer momento, el doctor no verá nada; pero

absténgase de asegurar que es una falsa alarma... Encienda una cerilla y verá al negrito disimulado en la oscuridad."

Precipitadamente se presentó en el mundo aquel niño temido, que resultó una hermosa criatura del sexo femenino, decorada con redondas pintas blancas sobre fondo negro.

—¿Blanca?—preguntó la madre ansiosa.

—De alivio de luto—contestó, bajando la cabeza, el doctor.

Trescientos sesenta y cinco trajes.

Todo el "Gran Hotel Majestic de Inglaterra y de las demás naciones, etcétera, etc.", estaba pendiente de aquella muchacha pizpireta y coleante que todos los días bajaba al comedor con un nuevo traje.

Familias enteras de huéspedes se quedaban más tiempo en el hotel para ver cuándo acabaría aquella interminable exhibición de "toilettes".

—¡Otro distinto!

—¡Otro!

—¡Otro!

Era alegre aquella expectación del comedor y ya era aquel traje diferente una especie de variedad del menú, con los que contaba el "maitre" para no tener que rebuscar demasiado en los diccionarios de cocina.

—Llevamos seis meses—decía aquella dama, que era la sargento del hotel por ser la más antigua en él—y ni un solo día había dejado de descender por la escalera de gala, que acababa en el comedor, vestida con un traje diferente al del día anterior.

Todos los criados daban una gran importancia a aquel descenso de la maravillosa, y el "maitre", cuando ya estaba en el último escalón, la daba la mano, como si descendiese de una carroza.

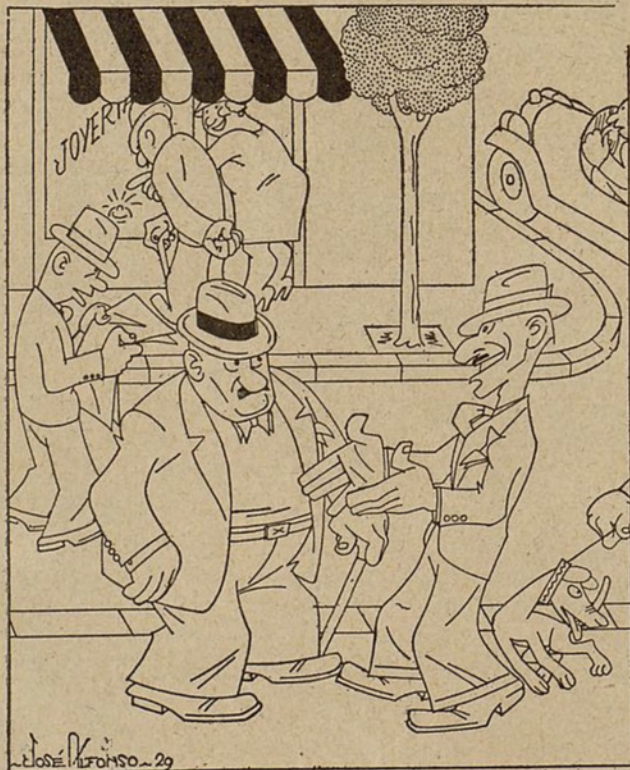
—Un lujo así es insostenible—decía la reguñona.

—Yo me voy a estar un mes más, porque alguna vez tiene que llegar al traje final—decía la que había cumplido los días de la cura de aire.

Todas alargaban la estancia, atraídas por la novedad, y hasta algunas llegaron a estar junto a la veterana, que ya llevaba casi un año para esperar el día del renuncio.

—Hoy hace un año: trescientos sesenta y cinco días de traje diferente—dijo en la mesa de sus amigas la coronela de la curiosidad.

Pero al día siguiente volvió la joven orgullosa de sus modas al primer traje de la temporada, despidiéndose del hotel, en vista de eso, la coronela, ya retirada, de la curiosidad

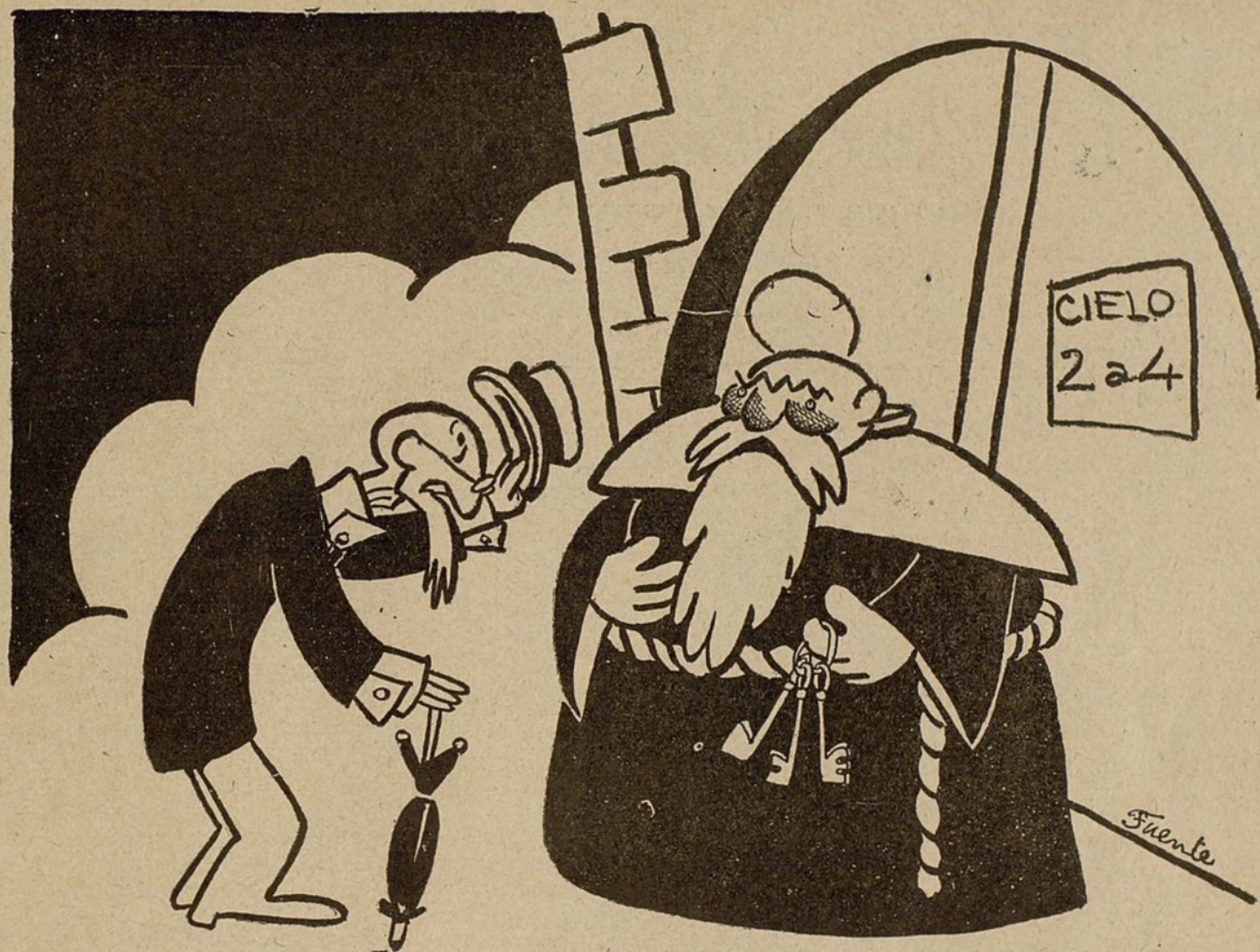


El negociante.—Estoy en tratos con un fabricante de calzado, que me va a vender dos mil pares de botas a un precio baratísimo.

El otro.—¿Y ganarías mucho?

El negociante.—¡Figúrate! Si consigo que me las venda "me pongo las botas".

Dib. JOSÉ ALFONSO.—Sevilla.



San Pedro.—¡No, señor; no puede usted entrar en el cielo!

El anciano.—No, si yo no quiero entrar en el cielo; yo sólo vengo a ver si sabe usted qué ha sido de dos globitos que se me escaparon en el verano del año 1857.

Dib. FUENTE.—Madrid.

y con ella algunas huéspedes, que sólo esperaban el renuncio final, aquel momento en que la sesión continua enlazaba de nuevo el final con el principio.

El propietario sonrió. Su truco había dado un gran resultado. Todos aquellos trajes eran de la empresa; pero había que encargar otros trescientos sesenta y cinco trajes para que durase más la envidiosa espera, pues dos años no habría propaladora que se quedase en el hotel para poder decir a las otras cuándo se llegaba al traje ya visto.

El almohadón de relieve.

Era tan amanerada que tenía almohadones de relieve y dormía la siesta sobre ellos, y tenía largas horas de languidez en que apoyaba la cabeza en ellos.

Un día notó que la miraban mucho en la calle, y muy consternada se fué

a la calle de los Espejos, comprobando que llevaba en su rostro, como troquelado en él, el relieve de aquella dura cabeza de pierrot que elegía todas las tardes para cilicio de sus sueños.

El saludo del pobre.

Gracias a sus rendidos saludos de cesante antiguo, que saluda al jefe político que le puede reponer, conseguía las bastantes limosnas para un buen pasar.

Una tarde, sus saludos no le daban resultado, y ya al anochecido, no pudiéndose contener, paró a uno de aquellos caballeros impasibles a su cortesía y le dijo:

—Señor; por lo menos devuélvame el valor del saludo...

—¿Cuánto es?

—Cinco céntimos.

—Eso es como una limosna, pues si le doy limosna y me saluda y tenemos una cuestión y usted me de-

vuelve lo que le di, ¿me iba a devolver lo mismo?

—No, señor; que entonces le hubiera devuelto diez céntimos.

El que se arruinó.

Agraciado en amores, desgraciado en teléfono.

Llevaban diez años de pasión y no se habían separado nunca. Así es que al llegar a la población lejana se pusieron al teléfono y no supieron cortar la comunicación.

La voz misteriosa (por primera vez).—Que ya han pasado tres minutos. ¿Desean continuar?

La voz apasionada de él.—¡Sí! ¡Sí! ¡No corte!

La voz misteriosa (por milava vez).—Van tres mil minutos. ¿Desean continuar?

La voz apasionada de él.—¡Sí! ¡Sí! Aún está pagando aquella conferencia telefónica.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

Encuestas arriba de "Buen Humor"

¿CUAL ES EL TRAJE IDEAL PARA VER PASAR TRENES?

Los lectores deben enviarnos su opinión y, a ser posible, 14.000 pesetas en billetes nuevitos

He aquí mi cuarto veraneo en la sierra del Guadarrama. Y es que, indudablemente, la sierra me atrae. Me atrae casi tanto como los perros "setter".

En estos cuatro veraneos (1924-1926-1928-1929), he aprendido a conocer la sierra. Ahora bien: ¿qué es conocer la sierra?

Respuesta: Conocer la sierra significa tanto como saber con toda exactitud el número de latas vacías de sardinas que reposan al sol sobre sus riscos.

Y así, yo estoy en condiciones de afirmar que desde "Jabonería a la Laguna de los Pájaros" y desde "La Maliciosa a Pinares Llanos", hay en la sierra del Guadarrama justamente 23.826.458 latas vacías de sardinas (marca Curbera-Vigo-España).

Lo cual debe bastar para creer que yo conozco la sierra palmo a palmo.

, Pero no se trata ahora de hablar de la sierra ni de las sardinas en aceite, aunque sean de Curbera (Vigo-España).

"Se trata de discutir qué trajes deben ponerse los hombres para ver pasar trenes".

* * *

Esta ocupación de ver pasar trenes, que alguien pensará que no existe, forma, sin embargo, la medula de los veraneos en la sierra del Guadarrama. Porque los individuos que en varios años han esparcido por la sierra 23.826.458 de latas vacías de sardinas son "excursionistas", nunca "veraneantes".

Por mi parte, pertenezco al grupo —infinitamente pequeño—, de "veraneantes excursionistas". Elijo la Fuenfria como base de operaciones y allí, oliendo a pinos, a tomillo y a

sardinas en aceite (es inevitable), me estoy mes y pico debajo de una tienda de campaña (1).

Mis ocupaciones no son demasiado complicadas: dormir, mirar al cielo, equivocarme al señalar los puntos cardinales y asesinar arácnidos, coleópteros y dípteros. De vez en cuando guiso, porque comer es casi imprescindible, y de tarde en tarde —¡oh, muy de tarde en tarde!—, me lavo la ropa.

Pero alguien escribió que el hombre es un animal de naturaleza sociable, y yo no puedo sustraerme —como hombre y como animal— a esa ley, dictada por un cerebro importante. Así es que en ocasiones abandono mi soledad, me desperezo con arreglo a la escuela del gato montés, requiero mi estaca familiar (un metro de larga por ocho centímetros de gruesa) y desciendo, valle abajo, hasta Cercedilla.

* * *

¿No conocéis Cercedilla? No obstante, conoceréis tal vez Baden Baden y Chamonix y la Riviera... ¡Cuánta ingratitud geográfica!

Pues Cercedilla es el prototipo de los lugares veraniegos de la sierra, los cuales están fabricados en series, como las películas antiguas y los autos de mi tocayo mister Ford, con estos únicos cuatro elementos:

"Un pueblo pequeño".

"Una colonia de ridículas villas particulares".

"Una tonelada de gramófonos".

"Una estación de ferrocarril con su reloj y su jefe correspondientes."

Rodeando lo apuntado, existen pinares espléndidos, montes divinos, arroyos soberbios. Pero en eso no nos fijamos más que dos o tres perturbados a los que la gente mira con desdén y extrañeza.

Porque espero que el lector no pensará que la gente viene a la sierra para respirar en los pinares, ni para bañarse en los arroyos, ni para ponerse en contacto con la Naturaleza, en fin. El lector no debe olvidar que la gente viene a la sierra a presenciar, sin dejar uno, el paso de los trenes.

(1) Una tienda de campaña, en las que nada falta, desde leche condensada a arañas de 28 tamaños diferentes.



—¡Pero bueno! ¿Se puede saber por qué te empeñas en que tu hijo sea boxeador?

—Es que, amigo mío, ¡soy dentista!

Dib. Tauler.—Madrid.

¿No lo creéis? Id a Cercedilla, o a cualquier otro pueblecillo semejante, acercaos al andén de la estación, y a cualquier hora que vayáis, lo veréis repleto de veraneantes. Yo, en mis diversas bajadas, así lo he visto siempre. Y tanto he estudiado a esa turba, que después de venir con el propósito de oxigenarse se dedica a tragar hollín de carbón de piedra, que la tengo dividida en cinco grandes grupos, a saber:

Grupo A.—Señoritas de quince a treinta y cinco años, provistas de sus trajes más caros y de sus zapatos más cónicos.

Diagnóstico: "vanidad e imbecilidad incurable".

Grupo B.—Pollos de dieciséis a cuarenta años, vestidos igual que en Madrid, sólo que con la americana al hombro; gafas y peinado a lo "foca" con fijador.

Diagnóstico: "miopía y cretinismo".

Grupo C.—Señoras gordas que hablan a diario de cuestiones meteorológicas (por ejemplo: "ayer llovió"; "mañana hará frío", etc.)

Diagnóstico: "menopausia y simpleza".

Grupo D.—Caballeros cincuentones y sudorosos, que leen "A B C" y "El Debate".

Diagnóstico: "obesidad y decadencia".

Grupo E.—Ancianas que andan agarrándose a una persona joven y se quejan de todo.

Diagnóstico: "proximidad del momento en que ya no podrán quejarse de nada".

Los cientos de seres clasificados en estos cinco grupos se entregan durante el verano a una serie de extrañas operaciones: se levantan, salen al andén y se pasean aguardando la llegada del convoy. El tren llega; ellos lo miran con fingida indiferencia y siguen paseando. El tren se va; los veraneantes se largan inmediatamente.

Y repiten lo hecho con todos los demás trenes de paso al día por Cercedilla. Por Cercedilla pasan al día unos catorce trenes. Puede afirmarse que los veraneantes no descansan subiendo y bajando al andén de la estación.

No seré yo quien censure esa conducta. Es natural, dado que la Humanidad se compone exclusivamente de macacos de ambos sexos. Es, además, una conducta lógica en un veraneante de la sierra. Lo absurdo es, por ejemplo, lo que yo hago: contemplar la Naturaleza y vivir en su seno; porque la Naturaleza es siempre igual: un árbol, otro árbol; una peña, otra peña; un arroyo, otro arroyo. Y eso sin contar con que la Naturaleza es tan vieja, tan vieja que

fué creada por Dios antes que el hombre.

Mientras que los trenes son modernísimos: apenas si circulan desde 1860; y luego... ¡qué diversidad la suya! ¡Qué animación en cada cual! Entre los que pasan por Cercedilla, hay unos que van a Segovia, otros que van a Gijón, otros que van a El Es-



—Sí, señor; he comprado en Bélgica un "Rembrandt" magnífico.

—¿Ah, sí? ¿Y de cuántos caballos?

Dib. HERR OTTO.—Munich.

pinar, otros que van a Villalba, otros que van a Madrid... Casi no hay dos que vayan al mismo sitio. Y los maquinistas todos son diferentes. Y hasta los vagones ofrecen desigualdades y forman una gama: desde el cochecama, amplio y largo, hasta los curiosos coches de tercera, tipo "caja de cerillas".

Sí, sí. La conducta del veraneante que sólo se dedica a ver pasar trenes es lógica.

Lo malo es que esos señores no tienen en cuenta para nada la moda; visten de cien maneras y colores distintos.

Y esto es lo que yo quiero evitar dando la voz de alarma desde las páginas de "BUEN HUMOR".

¿No hay traje para campo? ¿No lo hay para playa? ¿Y para "tennis"? ¿Y para fútbol? ¿Y para el polo?

Significa, pues, un vacío, la falta de trajes "para ver pasar trenes".

Pensemos un modelo apropiado. Que cada lector piense uno y nos remita su idea junto con 14.000 pesetas para gastos de encuesta. El problema debe resolverse hoy mismo, con tiempo suficiente para que en la próxima temporada todo veraneante de la sierra vista ya su traje confeccionado por un sastre de firma.

Por mi parte, propongo tres modelos, atendiendo a las minuciosas necesidades que debe llenar el traje:

Primero.—"Americana y pantalón azul, de los llamados de "mecánico"; boina negra, con o sin rabito, a elegir; alpargatas negras y una llave inglesa en la mano para dar carácter al tipo".

Segundo.—"Escafandra de buzo (ideal contra el humo de las locomotoras); casco con tubos respiratorios y almacén de oxígeno; botas con suela de plomo y guía de ferrocarriles en la mano".

Tercero.—"Saco de arpillería con agujeros por los que poder sacar la cabeza y las extremidades. Caperuza del mismo tejido, provista de rejilla de tarlatana para ver los trenes cuando pasen; botas altas, de pocero o de oficial de hulanos; en la mano, a modo de símbolo ferroviario, conviene llevar dos traviesas de madera arrancadas en la vía por el propio veraneante."

Y ahora los lectores de "BUEN HUMOR" tienen la palabra para enviarnos los modelos que a ellos les parezcan mejores.

Se atenderán sus indicaciones escrupulosamente.

Animo y a discurrir.

La moda necesita del auxilio de todas las personas de buena voluntad.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

La Fuenfría (Guadarrama), agosto.

ANUNCIOS RECOMENDADISIMOS

HAY QUE LEER UN RENGLON SI Y EL OTRO TAMBIEN

Vendo en cuarenta y tres miserables pesetas, con setenta y cinco viles céntimos, una magnífica cama de matrimonio capaz para seis personas. Aunque la cama es de hierro y las pesetas que pido por ella son de plata, el que la adquiera saldrá ganando en el cambio. No se trata de una camamá, se trata de una cama nada más, pero ya verán ustedes cómo no hay en el negocio que les proponemos el menor engaño.—Desengaño, 76.

El alcohol desnaturalizado que vende la *Alcoholera Toledana* es tan ferozmente desnaturalizado que, si tuviera hijos, les daría unas palizas tan espantosas que acabaría en presidio. Dirigid los pedidos al farmacéutico Licenciado Litri. Frasco de litro (y de Litri), dos pesetas. Toledo, 199. No equivocarse: al lado del 197.

CANAS

SIN NECESIDAD DE TINTES, NI DE FALSOS REGENERADORES DEL CABELLO (QUE NO SON MÁS QUE TOMADURAS DE ÍDEM), NI DE OTROS PRODUCTOS IGUALMENTE FALACES, LAS CANAS DESAPARECEN EN EL ACTO NADA MÁS QUE SIGUIENDO NUESTRO SISTEMA
ES SENCILLÍSIMO Y BARATÍSIMO
CONSISTE SÓLO EN AFEITARSE
LA CABEZA
PROBAD Y OS CONVENCERÉIS
A LOS DOS MINUTOS NO VÉIS NI UNA CANA, COMO NO MIRÉIS AL SUELO

PEREZ, dentista premiado en varias exposiciones y en una tómbola del Retiro, ofrece al público las últimas novedades. Muelas de cemento para boxeadores, con garantía de dos años por bestiales que sean los soplamocos que se reciban. Dientes y colmillos de oro, a doce pesetas uno con otro. Acepto también el cambio con dientes usados, es decir, que doy diente con diente, a pesar del calor que hace en esta época. Todo el parroquiano que visita mi consulta es atendido con escandalosa amabilidad y brutal esmero. No tiene más que abrir la boca, y lo demás viene como la seda. Discreción absoluta para el que desee reserva en las operaciones. Yo extraigo muelas y arranco dientes, pero no tiro de la lengua a ningún paciente.—Calle de Pérez Galdós (antes Colmillo), 65.

Vendo casa en Madrid

ES MODERNA, ELEGANTE, DE BUENA RENTA Y SITUADA EN MAGNÍFICO BARRIO.

PERO YO SOY MUY NOBLE Y NO QUIERO ENGAÑAR Á NADIE. LA CASA TIENE UN DEFECTO:

¡Está usadal

YO BIEN HUBIERA QUERIDO DECIR QUE ERA NUEVA, PERO COMO NO LO ES, NO LO DIGO. EL QUE QUIERA PICAR, QUE PIQUE. LA VENDO EN OCHENTA MIL Duros, QUE TAMBIÉN LOS ADMITO USADOS. RAZÓN: ADUANA VIEJA (¡TAMBIÉN LA ADUANA), NÚMERO 23.

Vendo perro de caza y pesca. Ejemplar rarísimo y único en el mundo que lo mismo le echa el diente una perdiz que a cuarto de kilo de sardinas de Laredo, con tal de que estén bien fritas. No tendré que decir que, tratándose de un perro de pesca, es porque es un perro de aguas. Lo doy por poco dinero, pues si logro sacarme unas perras, daré por bien empleado el perro.—Calle del Gato, 75. No se extrañen si al venir ven que hay una cola en la puerta. Seguramente será la del perro.

Veranee usted en Arcachón

CLIMA CONVENIENTE A PERSONAS DÉBILES Y A PERSONAS SANGUÍNEAS.

ARCACHÓN ES MAGNÍFICO PARA LAS UNAS Y PARA LAS "OSTRAS".

HOTELES ESTUPENDOS.

SE HABLA FRANCÉS

Señora honorable, que se quedó viuda recientemente de resultados de un susto, alquila habitación coquetona a caballero pudiente y robusto, advirtiéndole que ya no se asusta de nada. La habitación tiene muy buenas vistas, y la señora tampoco anda mal de lo mismo.—Calle de la Magdalena, 88. No habléis con el portero, porque os estropeará el goal.

Necesito un criado negro, porque ya estoy harto de servidumbre con colores chillones. Tendrá buen salario y comerá de todo lo que se sirvan los señores, excepción hecha de los calamares en su tinta, pues, por experiencia, sabemos que hay muchos negros que cuando comen eso no se limpian con la servilleta por aquello de que no se les nota, y esto resulta una porquería muy poco higiénica.—Lista de Correos, sello de Cafrería núm. 52.620.

El doctor Fullández

EMINENTE CATARROLOGO

HACE SUS CURAS CON LA ELECTRICIDAD. ES DECIR, QUE SI NO ENCIENDE LAS BOMBILLAS DE SU DESPACHO, NO PUEDE CURAR Á NADIE. PORQUE NO VE NI GOTA.

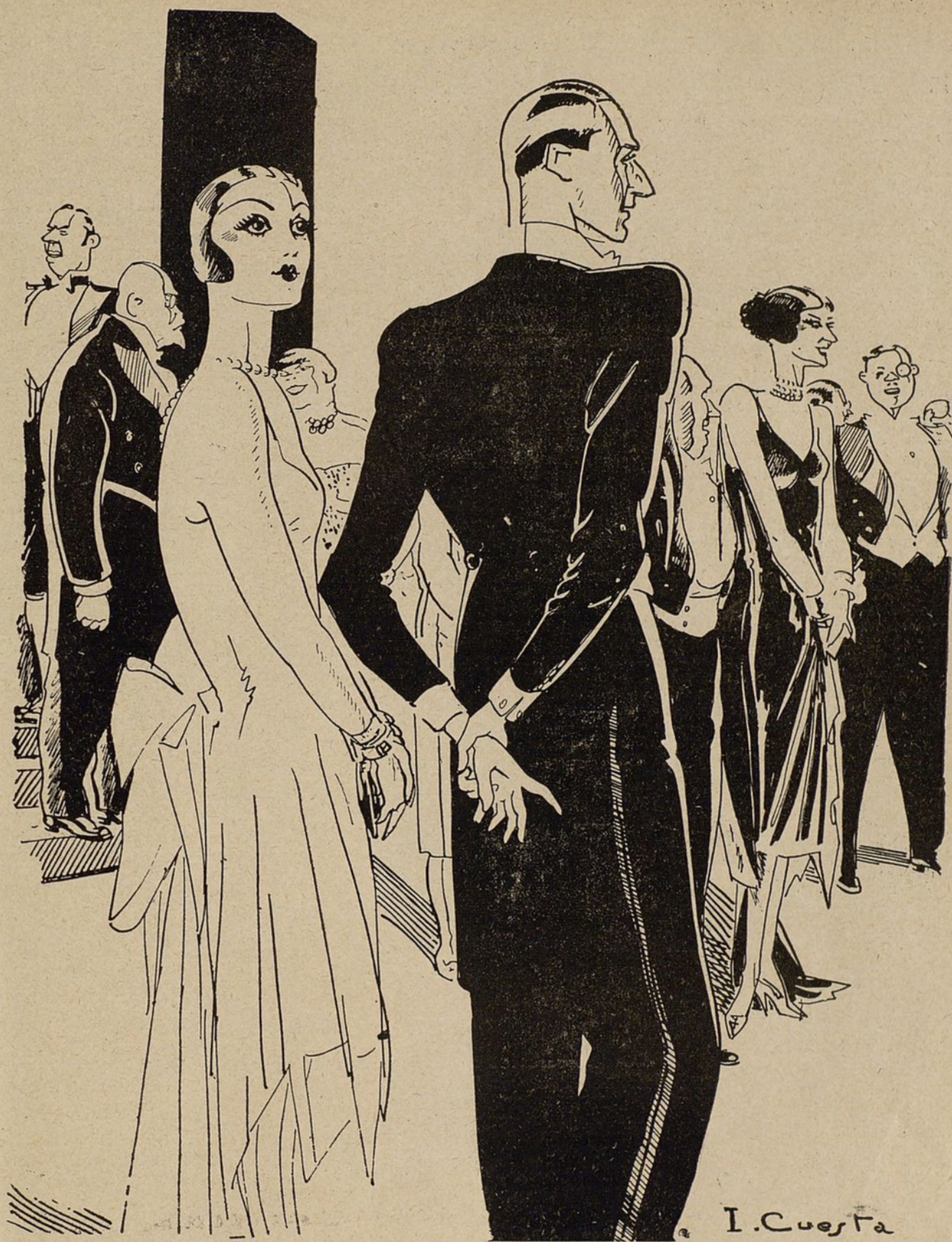
NO OBSTANTE, NO AUMENTA EL PRECIO DE SU CONSULTA, EN OBSEQUIO A LA HUMANIDAD DOLIENTE.

CALLE NUEVA DEL ESTE (AL LADO DEL CEMENTERIO, PARA ECONOMIZAR DISTANCIAS), NÚMERO 124.

Academia acreditada para enseñar a los chóferes a conducir automóviles a Torrelodones, y para enseñar a los guardias a conducir a los chóferes a la cárcel. Ambas cosas de imperiosa necesidad en vista de las juergas que se arman todos los domingos en la carretera de La Coruña, con los detrimentos físicos que luego lamenta toda la Prensa.—Honorarios módicos. Y, en caso de accidente, honorarios médicos.—Paz, 55.

Agente anunciador:

ERNESTO POLO



- ¡Qué apuros está pasando la dueña de la casa! Vamos a ser trece en la mesa.
—¿Es supersticiosa?
—No. Es que no tiene más que doce cubiertos.

Dib. CUESTA.—París.

ELOGIO DE LA PLAZA DE OSTENDE

Me molesta mucho no estar en Ostende. Otros años, en estos días suelo gozar de la frescura del mar del Norte tanto como un inglés. En realidad no estoy descontento de no haber podido ir, porque si no estoy en Ostende estoy en la plaza del Callao, es decir, a dos pasos de la Puerta del Sol, que es la latitud más sugestiva de Europa para nosotros los madrileños. Y sobre todo para los madrileños que, como yo, hemos nacido en Valladolid.

¡Ah, pero la plaza de Ostende!

La plaza de Ostende es la expresión estival de la democracia belga. Porque les supongo a ustedes, naturalmente, enterados de que Bélgica es el único país del mundo en que la democracia da lugar a fórmulas definitivas. Todo él está impregnado de democracia. La reina, que es la persona más popular del reino, establece un contacto ininterrumpido con sus súbditos cada vez que sale a la calle. En general va sola en su coche, que avanza a través de marcas de júbilo. En el fondo, esta expresión de la democracia quizá parezca irrespetuosa a los palacios. Pero es que, en realidad, el hacerles la vida desagradable es uno de los fines de la democracia. Con lo que quiere decirse que tales afectos no sólo no demuestran el espíritu democrático del país, sino que lo afirman.

(Realmente, la fórmula definitiva

de la democracia real debe consistir en que los súbditos de cada rey les rindan un homenaje lo más parecido posible al que París tributa a su reina en la cabalgata de la "Mi Carême".)

En cuanto al rey, es aún más democrático que la reina. Flamencos y walones le designan de un modo demasiado familiar. Esto es lo que hace particularmente conmovedor tal modo. Para los belgas su rey es, sencillamente, "Alberto". A mí me parece esta desenvoltura demasiado irreverente. Pero allá los belgas. Al fin y al cabo, cada uno es muy dueño de tratar a los reyes como le dé en gana. Después de todo, lo verdaderamente democrático no es que el país le llame al rey "Alberto" sin agregación numérica alguna, sino que a "Alberto", a nuestro querido amigo "Alberto", le parece bien.

Claro que en el fondo está obligado a que le parezca bien, porque es nada menos que un monarca que monta en bicicleta. Esto le quita mucha parte de su solemnidad. Es decir, que no es un hombre imponente como lo son casi todos los monarcas. El día que el rey Alberto decidió comprarse una bicicleta, es decir, el día en que para sus súbditos empezó a ser un "compañero de pedal", hizo dar al país un paso definitivo. Yo tuve el honor de verle una mañana en Bruselas, cruzar el boulevard Auspach pedaleando y muy poco seguro de su

equilibrio. Iba, naturalmente, de uniforme. Con una gorra demasiado pequeña y los últimos lentes con cristales ovalados que quedan en el mundo. En el fondo, este rey, entregado a la bicicleta, no pierde el tiempo. El modo de locomoción nacional en aquel país es la bicicleta. Esa del rey Alberto ha puesto en ridículo a los socialistas con automóvil.

... Pues Ostende es la democratización de las playas elegantes. En Ostende hay, naturalmente, un Casino, una caseta real de baños y todos los accesorios indispensables en donde veranea un rey, aunque este rey sea un poco velocipedista. Pero ni en la playa de Ostende se permite transitar con "maillot", en seco, ni en el Casino juegan al "baccarat" los Dolly Sisters. Quiere darse a entender con estos distinguos o excepciones que en Ostende todo está modificado por las buenas costumbres, que hacen de Bélgica el país más apacible del mundo. Es decir, el más provinciano.

Como puede verse, la bicicleta del rey tiene una significación simbólica.

Pero aún hay más. A "Alberto" acaban de quitarle el reloj mientras se bañaba. En punto a expresiones del credo democrático, no me parece que se pueda ir más allá. Y nótese que no se trata aquí de hacer un elogio del hombre que ha robado el reloj al rey, sino del rey que ha dado ocasión de que se lo roben.

Pero, señor, ¿cómo se puede robar el reloj a un rey mientras se baña? A mí me parece demasiado fuerte o, mejor dicho, demasiado democrático, que "Alberto", el buen rey Alberto, dejase en la playa, como un bañista clandestino, su ropa y su bicicleta, mientras se zambullía bajo la sensual ondulación de las olas. Pero no cabe pensar sino esto, o que el reloj se lo hubo de quitar el aristócrata que estuviese de servicio. Y a mí, la verdad, tal hipótesis me parece por ahora más difícil de aceptar que la de que a "Alberto" le fuese menester dejar la ropa en la playa para bañarse a su gusto: democráticamente.

Pero, en fin, lo interesante para el elogio de la democracia de Ostende es que al rey le han quitado el reloj en la playa. Como puede pasarle a usted y como puede pasarme a mí, si usted y yo usamos relojes. Quiere decirse que en Ostende todos somos unos. Salvo la bicicleta, claro está...



—Mitre, el millonario, el pobre ha dicho que no pasara de este invierno.

—¿Y tú crees que será así?

—Mujer, sería una grosería que no lo cumpliera.

Dib. Pico.—Madrid.

CEFERINO R. AVECILLA.

Blandura canicular

Según estoy observando,
no hay cosa que no se ablande
con este calor tan grande
que estamos hoy disfrutando.

¿Ve quien al templo se asoma
las velas que lo iluminan
cómo se tuercen e inclinan
igual que tubos de goma?

Según me parece a mí,
se ponen de esa manera
porque se ablanda la cera
con el calor que hace allí.

Se encuentra, si vais a untar
tostadas con mantequilla,
tan blanda la póbrecilla
que no la podéis tomar.

Vais por la Puerta del Sol,
y a no ser cuando amanece,
enteramente parece

que andáis sobre huevo mol;

y es que la lumbré abundosa
que el sol a su puerta manda,
el piso asfaltoso ablanda
de una manera espantosa.

En resuñen: al notar
el vigor de los calores,
¡cuántas cosas hay, señores,
que se suelen ablandar!...

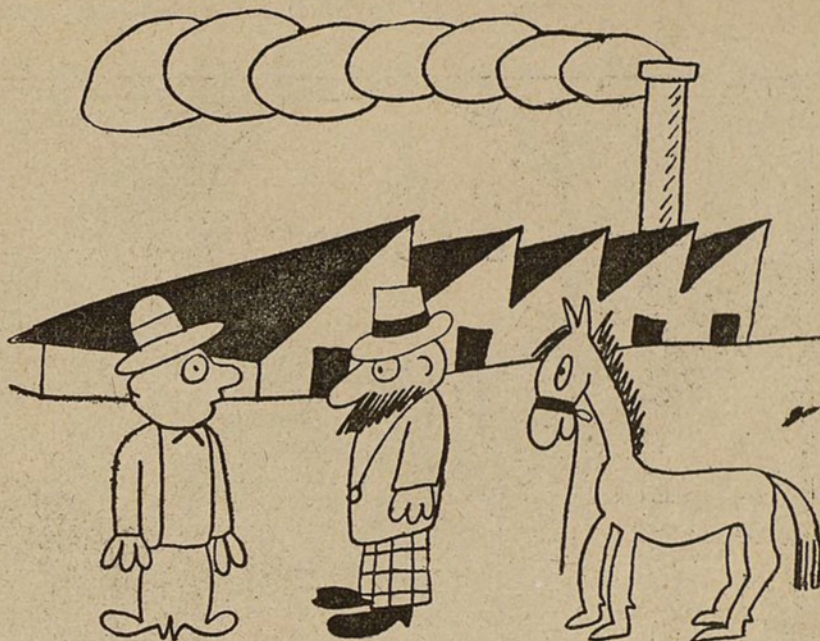
Sin embargo, he de advertiros
que existen, como excepciones,
"magnánimos" corazones
que no se ablandan ni a tiros:

el corazón del casero
que mensualmente me cobra,
aun cuando sabe de sobra
que no me sobra el dinero;

el corazón de una esquiua
morucha de Lavapiés,
que no prestará interés
a mi pasión mientras viva,
y el del tendero Tomás,
que no cesa en su locura
de mandarme una factura...
(que no cobrará jamás).

Lo demás, todo se ablanda,
según lo que estamos viendo,
con el calor estúpido
que el señor Febo nos manda.

JUAN PEREZ ZUÑIGA



Rabá

—¿Usted es el que me dió una bofetada el otro día?

—No, señor.

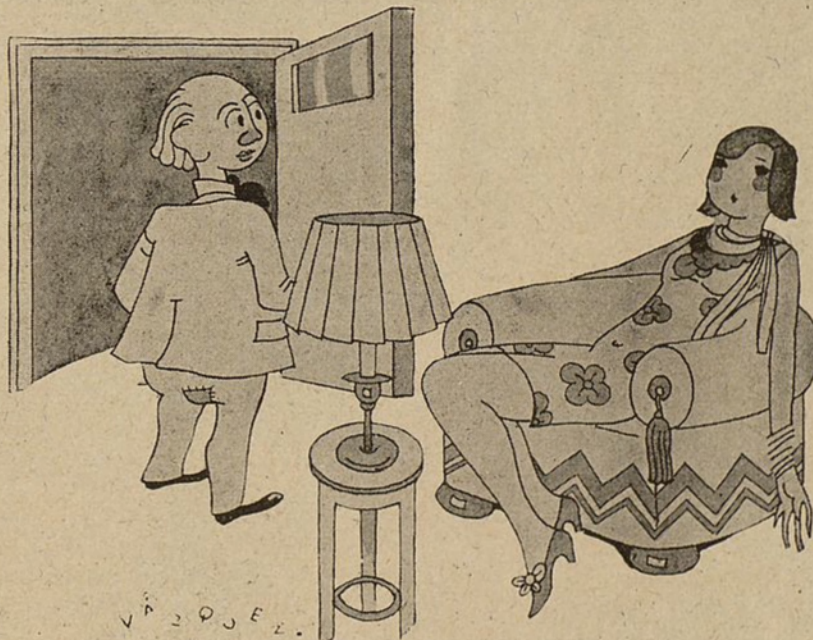
—Sí, señor; usted es el que me dió una bofetada el otro día.

—¡Le digo a usted que no!

—Entonces, ¿quién es usted?

—Yo soy el que se la va a dar hoy!

Dib. Rabá.—Madrid.



VÁZQUEZ.

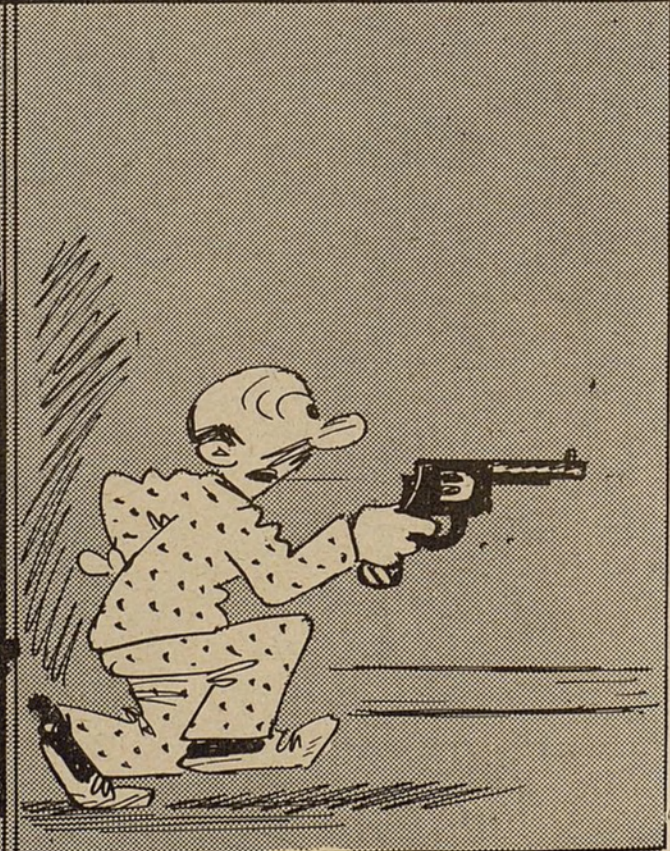
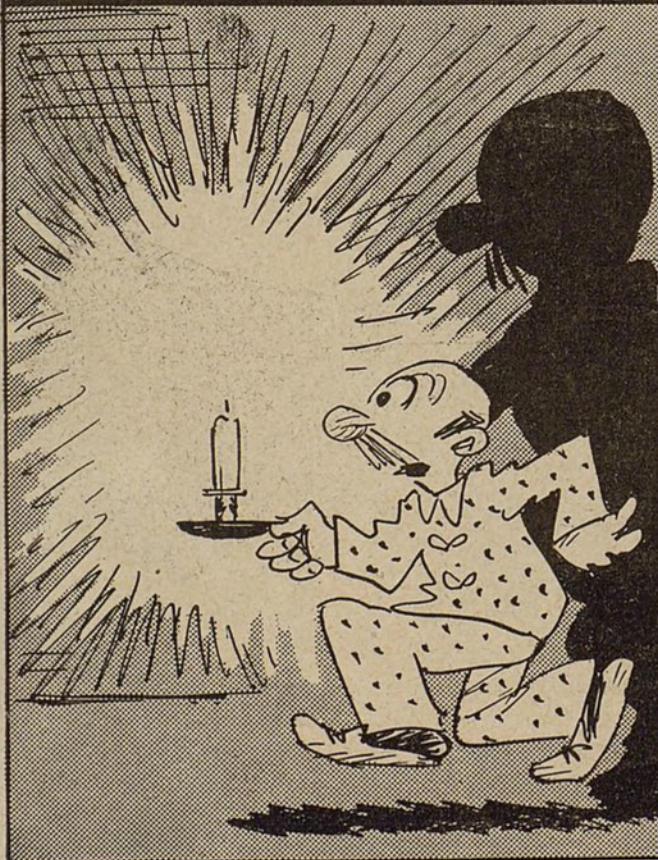
El profesor.—Usted será una artista de fama.

—Y todo se lo deberé a usted.

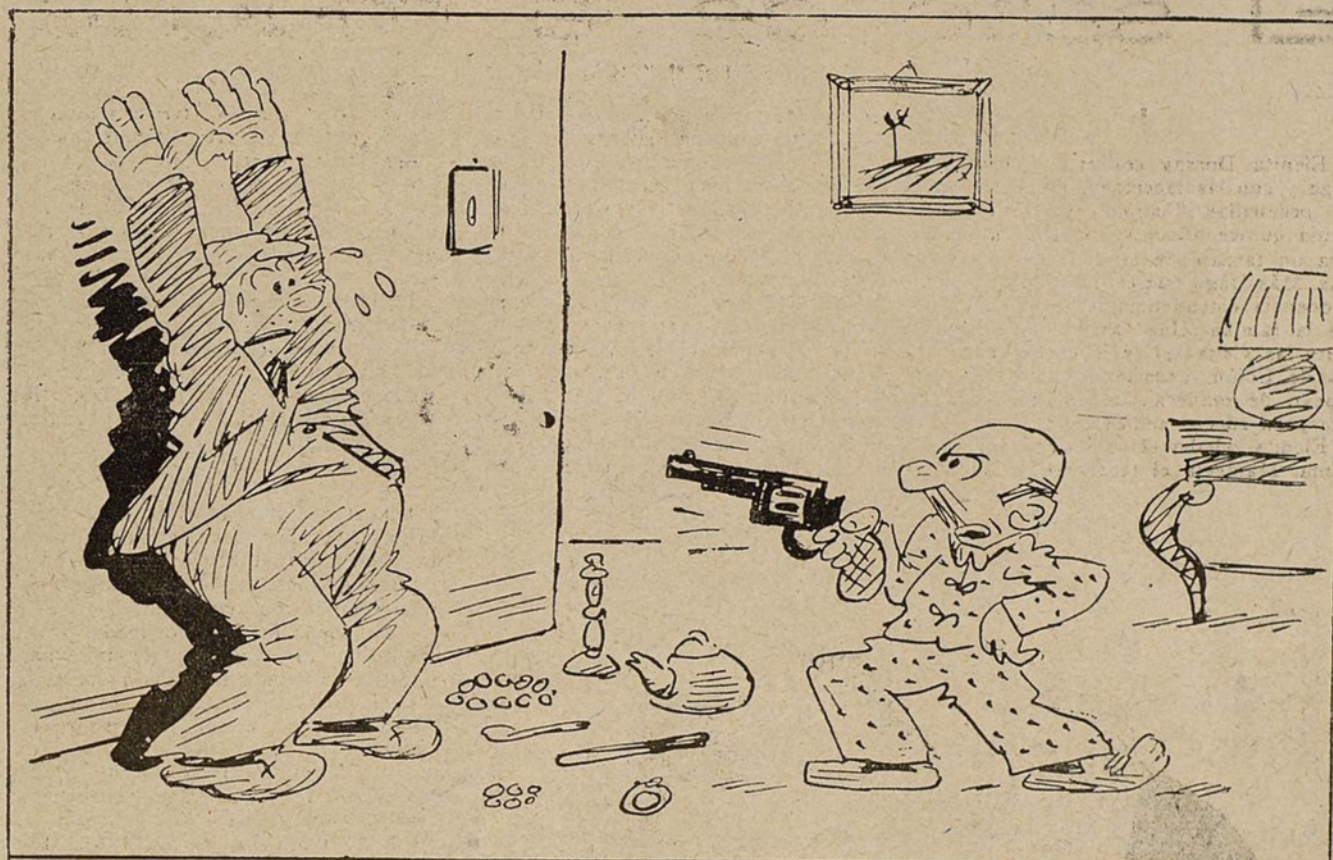
—¡Oh! Todo no. Ya sabe usted que yo cobro por adelantado.

Dib. VÁZQUEZ.—Madrid.

Aventuras de Thom



Thomas Whisky.-XVI



Dib. BERGSTROM.—Paris.

El salto de la muerte

(CUENTO)

I

Elenita Dorsay era rubia, resbaladiza y con las facciones perfectamente ordenadas. Cuando yo la conocí tenía quince años, y ya toda su piel era un tatuaje de miradas empalagosas. Más frágil que el cristal, y de una inocencia elevadísima, era el encanto de la familia. Una tarde quiso hacer ante las visitas el célebre experimento de Colón, utilizando para ello el huevo de madera que su madre tenía para zurcir medias.

Elenita odiaba el baile con toda su alma. Maldecía el teatro con los ad-

jetivos más deprimentes, y consideraba al Cine Club una sucursal del manicomio de Ciempozuelos. Elenita, en cambio, tenía una pesadilla constante, una idea angustiosa que navegaba por su cerebro con el mismo peligro de un barco que cruzase el Océano sin timón.

Don Fadrique Dorsay era un señor de bigotes amplísimos, ojos de codorniz y con ciento veinte centímetros de cintura. En resumen: ¡un hombre más propio para estar de fuente en un paseo público que para andar por la calle. Pero adoraba a su hija y no podía verla triste. Cuan-

do la invadió aquella tristeza inmensa, no cesaba de preguntarle:

—¿Qué te ocurre, hija mía?

—Nada, papá; si no me pasa nada...

—Me engañas, Elenita. Tú tienes un secreto en el alma y no te atreves a confesármelo. ¡Sé franca, mujer!

Don Fadrique movía la cabeza apesadumbrado, y de su pechera partían miles de reflejos. Poseía un alfiler de brillantes como para darle un bocado en la corbata y marcharse a hacer la digestión a una casa de compraventa.

II

Una tarde que el padre derrochó toda la pesadez de sus ciento cuarenta y dos kilos, tanto estrechó a preguntas a Elenita, que ésta no tuvo más remedio que confesar:

—Sí, papá; estoy preocupada. Tengo todas las ilusiones de mi vida puestas en una cosa nada más.

—¿En cuál, pequeña?

—En patinar con esquíes sobre la nieve.

Esta última oración desató todas las furias del Sr. Dorsay. ¡Qué tristeza, lo que se le había ocurrido a su hija! ¡Con los cuidados que tenía él para ella, que hasta el agua se la daba caliente para que no se enfriase su garganta! Y ahora le salía con querer patinar en la nieve..

III

La fantasía desenfrenada de Elenita soñaba a todas horas con extensas praderas llenas de nieve, en donde ella triunfaba entre todos los alpinistas ramplones que la rodeaban.

En las paredes de su cuarto, en los libros de estudio, hasta en los baldosines blancos del piso, se leía escrito con lápiz: "Chamonix, Stain Moritz", "Chamonix, Stain Moritz"... En la mesa de noche, el retrato del campeón del mundo de esquíes.

Elenita no dejaba su vocación. Ahora, mientras fuese joven, aprendería a patinar. Pero luego, cuando llegase a la mayor edad, se presentaría a las carreras de fondo de nuestro maravilloso Guadarrama.

La primera pista de aprendizaje fué el piso encerado de la sala. Librando las superficies contundentes de los muebles que interceptaban su paso como centenarios pinos colocados al azar, la nueva patinadora centuplicaba el número de caídas, hablaba sola y daba gritos como si realmente percibiese la frialdad de la nieve



DÍAZ-ANTÓN.

—Usted perdone: ¿voy bien para la cárcel?

—Demasiado bien... ¡Ya verá usted cómo se pone en cuanto lleve allí dos meses!

Dib. DÍAZ ANTÓN.—Madrid.

bajo el bordado lila de sus vestidos. Cuando D. Fadrique sorprendía a diario las elucubraciones de su hija, su imponente abdomen se dilataba, agotando el máximo de elasticidad.

Pero Elenita no estaba en situación en aquel escenario, lleno de muebles de época: echaba de menos el paisaje, faltaba la decoración blanca y fría.

IV

Una mañana de invierno, Elenita se levantó muy temprano, abrió el armario ropero del pasillo, cogió todas las sábanas de la casa y salió al jar-

dín dispuesta a prepararse a su antojo un país nevado.

Con los cuarenta lienzos blancos que se procuró en su casa fué cubriendo el verde de las praderas y las pequeñas pendientes del terreno. Cuando tuvo perfectamente preparado todo se calzó los esquíes y comenzó a andar por las explanadas de hilo y algodón, haciéndose la ilusión de que patinaba por la más deliciosa estepa de Chamonix.

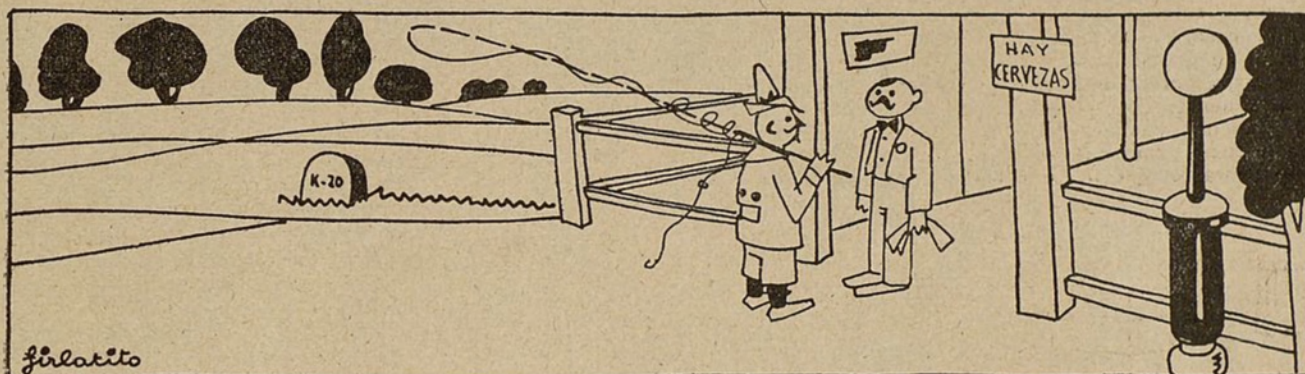
Al bajar una cuesta se ayudó con los bastones, tomó impulso y despegó del suelo violentamente. Nadie volvió a verla más: desapareció sin ha-

ber dejado rastro de su figurita rubia.

Cuando D. Fadrique regresó a su casa los criados le pusieron al corriente del suceso. La señorita Elena había desaparecido; dió un salto tan enorme que se la vió subir hasta las nubes; después, nadie volvió a saber de ella. Los periódicos publicaron la noticia como un caso raro. Y una Sociedad española de alpinismo envió una medalla a casa del padre con la siguiente inscripción:

"A la señorita Elena Dorsay, que en unas carreras de salto ha batido el "record" de altura."

JULIO ANGULO



—¿Le daría algo de pescado para venderme?

—No, señor; pero tengo bocadillos de todas clases.

—¿Y usted cree que mi mujer se va a tragar que he pescado un bocadillo, sea de la clase que sea?

Dib. FIRLATITO.—Madrid.

Ultimas tragedias del tranvía ⁽¹⁾

No, no me diga nada, señor. Comprendo que esto es ya demasiado tranvía y que usted se indigna. ¡Pero es que el tranvía es tan humorísticamente sugestivo! ¡Está tan lleno de sugerencias humorísticas! Todo en él, incluso la organización del servicio, el personal afecto al mismo, el material, parece responder, más que a la prestación de un servicio público, a la idea de propagar una diversión barata y popular.

El tranvía es inmortal, eterno. Aunque el progreso nos traiga a manos llenas, como espléndidos regalos de tiempo, novísimos, rapidísimos e insospechados medios de comunicación, el tranvía subsistirá siempre contra todos, porque, perdido su antipático carácter de necesario, resaltará más su simpática condición de divertido. Y el hombre ya no gruñirá con aire preocupado y consultando el reloj:

—Ese tranvía que no viene... ¡Qué servicio!

Si no que, cuando no tenga nada que hacer, exclamará, sonriendo y con las mismas esperanzas del niño que monta en los caballitos, en la ola giratorio o en el carroussel:

—¡Caramba! ¡Un tranvía! ¡Vamos a tomarlo, a ver qué pasa!...

Son innumerables las pequeñas tragedias humorísticas del tranvía. Pero yo voy hoy con las dos últimas. Sí, señor, ¡últimas!

La tragedia del cambio.—Una de las cosas más difíciles de este mundo es que el cobrador lleve calderilla para hacer frente a los, más que posibles, seguros cambios. La Compañía confía demasiado en los vendedores de periódicos apostados a lo largo del recorrido y que son, para ella, verdaderos agentes de cambio. Los estancos son también pequeñas Bolsas de estas operaciones.

En cuanto un señor da dos pesetas en una pieza, para que le cobren un

modesto trayecto de 0,15 surge el conflicto.

El cobrador mira con asombro enojado al caballero, y luego contempla, en la palma abierta de su mano, la moneda, que en aquellos momentos debe de ser para él de un diámetro aproximado al del redondel de una plaza de toros. Luego mete la mano en la cartera y, por un momento, le vemos escudriñar con las uñas en los fondos íntimos del cuero, buscando las escurriduras de calderilla. Nada. No hay cambio.

—Luego le daré la vuelta—exclama, resignado.

—Bien—contesta el señor.

El cobrador, entonces, sigue cobrando. Le dan quince céntimos en calderilla, luego otros quince, otros quince más... El viajero que espera su vuelta, va sumando casi inconscientemente las entregas, con verdadero regocijo, y cruza inteligentes miradas de complicidad con el cobrador.

(1) Véanse los núms. 373 y 378 de BUEN HUMOR.

—Ya debe haber lo menos una peseta y cinco céntimos...

De repente, otro viajero presenta otra peseta. El conflicto se recrudece, agravado. Nueva petición de aplazamiento. Angustias en el viajero primitivo y hostilidad en el segundo. Perplejidad en el cobrador. Bueno. Total una peseta pronto se recaudará en calderilla... Sigue cobrando. Ingresa alguna calderilla más. Renace la tranquilidad. Se cruzan miradas de reconciliación entre los viajeros interesados...

Pero, bruscamente, aparecen otras dos pesetas en plata. Y, a continuación, un señor importante, sin dar lugar a respirar, sin avisar, sin gritar "allá voy", entrega para que le cobren un hermoso duro, sí, señores, ¡un duro en plata!...

El tranvía, entonces, es algo parecido al infierno. La hostilidad reina en el ambiente. Las miradas asesinas se entrecruzan como estiletes afilados. El cobrador, que no sabe conta-

bilidad por partida doble, blasfema y grita:

—Que yo no soy el Banco de España.

Luego se declara vencido y se entrega en brazos de la fatalidad.

Los viajeros le increpan atrozmente. Se oyen gritos, denuestos.

—¡Esa Compañía!

—¡Que le he dado dos pesetas y me tengo que apejar!...

—¡Yo le dí una!...

—¡Yo otras dos!...

—¡Y yo he dado un duro!...

Y hay quien ha dado una perra chica portuguesa y diez céntimos con el busto de Napoleón III, y quiere que le devuelvan ochenta y cinco céntimos completamente nacionales.

Y, casi siempre, al día siguiente, los periódicos, en su sección de sucesos, dan cuenta de un asesinato, de un suicidio o de una riña tumultuaria...

La tragedia de los carniceros.—Hay tranvías que, a determinadas horas, van llenos de carniceros que se diri-

gen al Matadero. Esto suele suceder de dos a dos y media de la tarde. Durante esa media hora, los tranvías, repletos de carniceros, adquieren un terrible aspecto de días de revoluciones sangrientas y patibularias... Se recuerda la revolución francesa y las tragedias rusas. Aquella multitud de hombres mal encarados, mal afeitados, con blusas blancas o con delantales verdes a rayas negras, en los cuales hay manchas sangrientas y coágulos y pedazos de carne roja adheridos eternamente, produce escalofríos de terror y hace pensar en misteriosas fiestas de sangre y sacrificio. Además, todos estos hombres despiden un olor a carnaza que, aunque muy repugnante, dicen que es bueno y nutritivo. Hay cobrador de esa línea que ha engordado algunos quilos a fuerza de respirar esa atmósfera reconstituyente.

Pero, sobre todo, estos hombres manchan de grasa y de sangre. Y lo hacen encima con altivez, porque dicen que sus manchas contagiosas son el producto de un honrado trabajo.

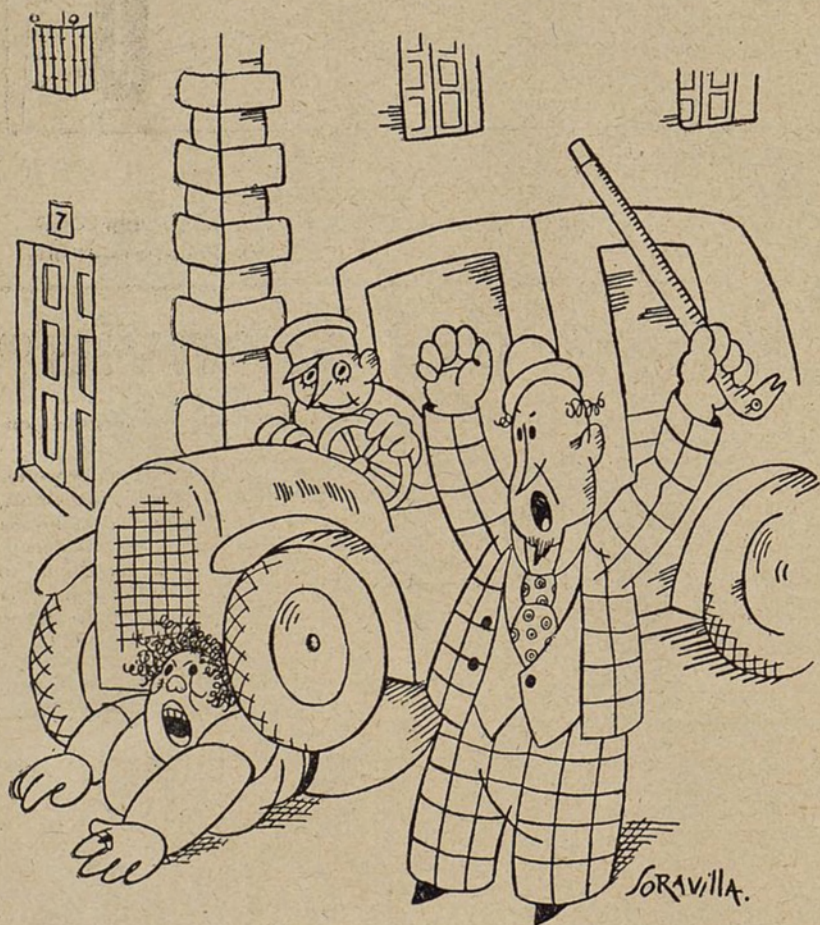
Bien. ¿Pero es que el trabajo es incompatible con la limpieza? Nadie se dirige a ustedes, señores, como trabajadores, sino como sucios. Y ¡ay de aquel que lance una tímida protesta!... Ellos, con su abrumadora mayoría, le aplastarán.

—¡Pues anda con el señorito de tal y cuál! ¡Nos ha "fastidiado"! Si quiere ir cómodo, que tome un taxi. Nosotros somos honrados trabajadores. Tenemos que ir sucios porque venimos de trabajar...

—Yo también vengo de trabajar—dan ganas de contestar—. ¿Y qué les parecería que trajera las manos llenas de, en vez de sangre, tinta? ¿Y que se las restregara a ustedes al pasar y repasar?...

Pero la protesta es delicada, porque no quieren comprender que igual se quejaría el resto del público si el mismísimo conde de Romanones, pongo por ejemplo de potentado, apareciera un buen día en una plataforma lleno de manchas transmisibles por el roce... No nos importa que el sucio sea carnicero o conde. Lo que nos repugna es que sea sucio y haya que soportarlo...

Se han acabado las tragedias del tranvía. Ese medio de transporte, que no es sólo, como dijo un señor italiano, la carroza de todos, sino también el albergue rodante del humorismo. El humorismo con ruedas y trolley. Y yo, por mi parte, prometo, al menos en literatura humorística, no volver a "tomar el tranvía"...



—¡¡Animal!! ¡¡¡Si me descuido, no es a mi mujer a quien aplastas, sino a mí!!!

Dib. SORAVILLA.—Madrid.

GABRIEL GREINER



El suicida desmemoriado.—¡Atiza! ¡Ahora no me acuerdo para qué he hecho yo este nudo!

Dib. SAMA.—Madrid.



La mujer del doctor famoso.—¡Qué aburrimiento! ¡Créeme que no sé cómo matar el tiempo!

EL.—¿Quieres que te haga una receta?...

Dib. FOGUES.—Valencia.

VERSOS AMARGOS

La pierna del hombre cojo

Más que su risible aspecto y su agrio y difícil rostro, me produce inmensa pena la pierna del pobre cojo. Es una pierna encogida como niño vergonzoso, delgada como fideo, y frágil como hilo roto; pierna que a la Geometría suele poner en un potro, pues nadie sabe si es recta, ni si es curva, ni tampoco si es quebrada, aunque esto último nos parece lo más lógico.

Menos la pierna, que suele divertir al vulgo indocto, todo es triste y amarguísimo y horrible en el pobre cojo. Tristes son sus manos mustias, tristes sus brazos y codos, tristes sus lacios bigotes, tristes sus ínfimos ojos

que, si miran a las hembras, en premio logran tan sólo una cuchufleta infame o un pitorreo horroroso. Este hombre sube al tranvía y si va lleno del todo y el pobre, en la plataforma, se atreve a decir: "¡no cojo!", promueve tal cataclismo hilarante y estentóreo que hasta el trole se avergüenza ante el chungueo oprobioso que la municipal plebe infiere al lisiado atónito. El infeliz vive inerte, sin poder saltar de gozo si por cualquier circunstancia le cae algún premio gordo. Y cuando algún carnicero avaro, cruel y sórdido, decide subir la pierna, él ve con dolor muy hondo

que no puede hacer lo mismo que, sin derecho, ha hecho otro. Nunca bailó el charleston ni pudo montar en "moto" ni atizarle un puntapié al que ofendió su decoro. No puede andar de puntillas ni arrodillarse ante el trono de Nuestro Señor, so pena de un costalazo inarmónico. No puede marcar el paso cuando los sones patrióticos de una marcha militar le invitan a andar airoso. ¡Ay, cuánto dolor me causa la pierna del pobre cojo! ¡Qué compasión me produce su drama terrible y horrible, cuando pienso que no goza del placer escandaloso de estrenar unos zapatos, igual el uno que el otro! ¡Pobre cojo! Su tragedia es de lo más espasmódico y de lo más indecente y de lo más vergonzoso que han inventado las Furias para fastidiar a un socio!... ¡Pero yo lloro contigo, cojo infeliz, sí, yo lloro; aunque tú no me agradezcas, cojo, esta perra que cojo!...

Lector: perdona esta lata hecha con las de Caín. Juré, en una apuesta ruin, escribir con "mala pata" desde el principio hasta el fin.

NÉSTOR O. LOPE

OROCREMA
ALMENDRAS

EL JABÓN POPULAR
EMBELLECE LA PIEL



Sin novedad en la frente

El alemán M. Remarque ha conseguido hacer "remarcable" en el universo entero gracias a un libro acerca de la guerra, traducido en la actualidad a todos los idiomas y leído por todo el mundo: "Sin novedad en el frente".

Nosotros debemos hablar de él precisamente ahora, a raíz de haber expuesto en artículos anteriores los varios procedimientos que conoce el mundo para regenerarse y progresar.

La guerra es, sin disputa, uno de los procedimientos de re-generación más eficaces. "El muerto al hoyo; el vivo, al bollo". El hoyo con esto se abona; la regeneración del hoyo se intensifica; la vegetación progresa que da gusto; y los bollos que produce la tal vegetación se los come el superviviente sin necesidad de competencias con el otro que, de no estar en el hoyo, y estar vivo, querría bollo también y andaría buscándole las vueltas.

Matando a media humanidad se queda la otra media tan campante, porque en vez de media ración le toca ración entera.

Esto es lo "racional": tener raciones completas. La guerra lo restituye en dos minutos. Ya lo ha dicho, desde siempre, la sabiduría del pueblo: "Cuanto menos bulto, más claridad". Para el esclarecimiento de la vida no hay, pues, más que disparar y quitar bultos de enmedio. Esto, que es claridad, y lo demás perder el tiempo, lo realiza la guerra muy bien, pues lo realiza "por serie", que es como se hacen hoy todas las cosas en los pueblos que están adelantados.

Por eso hemos ido nosotros a este libro—en opinión de muchos el libro por antonomasia, de la guerra—para estudiar y aprender las que en él enseña la guerra.

Y nos ha enseñado algo atroz: nos ha enseñado, lectores, que lo más horrendo de todo lo que "se las trae" es la paz.

¡La Paz!... ¡Vaya señora!... Por algo nosotros, en plena capital de las Españas, le hemos dedicado—¡y gracias!—un miserable callejón.

Cuando el alemán Remarque nos habla de la guerra es admirable, el libro es bueno; cuando nos cuenta lo que hace cuando lucha, es admirable; lo que hace es estupendo; cuando nos presenta a los guerreros, admirable: todos ellos hacen cosas admirables y estupendas; todo el mundo se porta bien y es un hombre cuando está en guerra y pelea; en cambio, no estando en guerra, ¡adiós la admirabilidad!...

Vayamos poniendo ejemplos.

Comencemos, ante todo, por los

ejemplos de retrete. Les damos la primacía porque se la da el autor; las alusiones fecales abundan en el libro. Tratándose de soldados, ya se sabe: la retrete y el retrete.

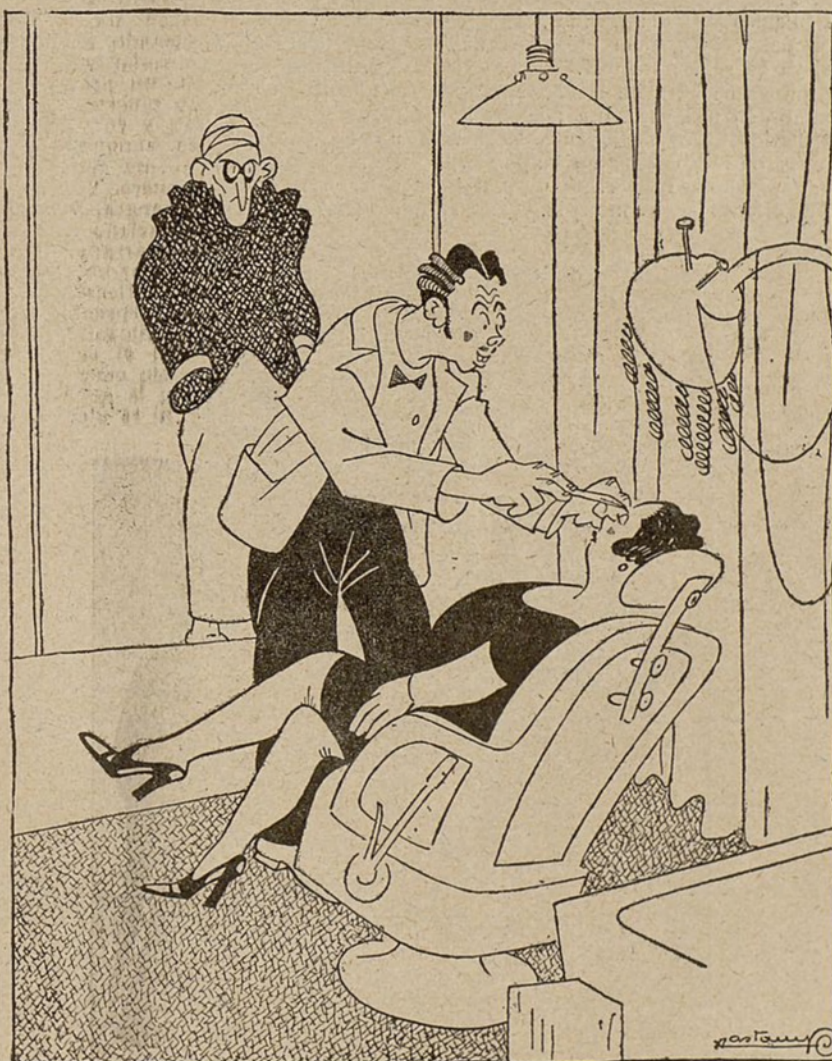
"Para el soldado, su estómago, su digestión, son algo más familiar que para otro hombre cualquiera. Tres cuartas partes de su vocabulario se extraen de eso..."

Por eso en las páginas primeras nos cuenta el autor la aventura de la letrina. Tenían que ir a ellas por escudras, para que todo fuera recto. El Ejército ha de ser unánime en todo: en las cargas y en las descargas. Así, pues, nos cuenta el autor que iban a

la "letrina común". "Allí no hay puertas. Como en el ferrocarril, se sientan veinte hombres a cada lado. De un solo golpe se les ve a todos, porque el soldado debe estar siempre sujeto a vigilancia."

Al principio nos dice el autor que sentían mucha vergüenza, pero con el tiempo aprendieron a sobreponerse "a ese poquito de pudor".

De tal manera aprenden que luego, de veteranos, cuando van donde hay unos cajones individuales para las "cámaras", coge cada uno el suyo, se sientan formando corro, colocan en medio, apoyada en las rodillas de todos, la tapa de la lata de la marga-



EL FAKIR DESGRACIADO

—Ahora comprendo por qué mis experimentos cada día producen menos sensación. ¡Si las señoras se dejan arrancar las cejas sin pestañear!...

Dib. CASTANY.—Barcelona.

rina y juegan a las cartas, sin moverse "hasta dentro de dos horas", en aquella posición y en aquella disposición.

¿No es esto admirable, lectores? ¿No simplifica la vida que es un gusto? ¿Tantos apuros que pasamos en tiempos de paz cuando en la soledad del campo comprobamos—como han dicho los ilustres hermanos Quintero—que no hay tal soledad ni por asomo? "Aquí, en compañía, la cosa resulta un verdadero goce"—dice el autor. ¿Lo ven? La guerra educa. Y nosotros elogiamos la ventaja que aporta en eso la guerra.

Pero hete que luego el autor se va de permiso a su casa. Describe su cuarto de joven... tal y como lo dejó cuando salió para el frente. "Una tabla del estante está llena de libros del colegio. Mal conservados, muy leídos, maltrechos, "con hojas arrancadas, ya se sabe para qué."

Aquí ya se agravan las cosas. Aquí estamos en paz y resulta que las hojas de los libros se arrancaban para eso, y que eso es algo importante para sacarlo a relucir...

La diferencia es notoria. Que se

juegue a la baraja "en común" y se fraternice entre tanto es admirable. El hombre ha de tener sus expansiones. Pero ¡dejemos en paz las hojas de los libros y cada cosa a su hora!...

En otros casos frecuentes el autor habla de guerra y emplea pensamientos de pelea, de hombre que está a cada paso, como los chicos de antaño en las pedreas, sorteando—aunque parezca que no pueden sortearse—las balas que vienen silbando. Pero a veces se le ocurre filosofar y entonces la estropeamos. En un precioso capítulo cuenta cómo muere Bertinck; y cómo muere Kat, y cómo mueren allí hasta las ratas, aunque en rigor las ratas—según cuenta también—es lo que allí menos muere. Y al hablar de que Leer se desangra, y se cae, minutos después, "vaciado, como un pellejo", añade el narrador: "¿De qué le sirve ahora haber obtenido sobresaliente en matemáticas?..."

Pardiez, que nos sorprende el comentario. Esa es una filosofía de café, no de trinchera. En el café queda tiempo para hablar sin pensar y para decir esas cosas. En la guerra ni se estudia, ni se sabe, ni se piensa; pero

como no se habla de eso ni se escribe, da lo mismo... Pero al venir la paz, en cambio, todo lo que no se pensó entonces se publica ahora...

Ese no es grito de guerra. Al que va por mitad de la calle y le cae una teja en el bautismo, ¡miserere!, de nada le habrá servido hacer palotes... Para yo salir mañana y escurrirme en las cáscaras de frutas que alfombran las aceras de Torrijos (donde tienen ustedes su casa), ¿qué falta me hacer haber ido a la escuela y haber leído libros de la guerra? Y de ese resbalón no hay quien se libre...

Es notable el contraste en el libro entre las gentes que se limitan a pelear y las que se meten a oficios pacíficos...

Hay un médico; es médico militar; pero como no pelea, da cloroformo al que le fastidia; y cuando está de mal humor escarba en la herida con ahínco, para que se chince el otro... "Los médicos de los hospitales de campaña prefieren las amputaciones. Como se amontonan los heridos, amputar es más sencillo que andar con remedios complicados..." Otro médico, un vejete, es un "técnico"; se le ha metido en la cabeza que una operación en los pies dará resultados magníficos, y estropea los pies a todos los que pillan...; otros diagnostican y se cueñan... Todo como en la paz...

Cuando va de permiso donde no hay guerra, sólo encuentra idiotas: el buen señor que da lecciones de estrategia, frente al bock, al que viene de chincharse allá en el frente; el oficial que le para en la calle para hacerle que se cuadre, dé cuarenta pasos atrás y salude académicamente; el otro que le dice: "Daos prisa... Hay que arrojar a esos franchutes, y... ¡a París!"

Un cartero metido a jefe comete en la paz del cuartel mil estupideces crueles; en la guerra, en cambio, se pelea como otro cualquiera.

No hay duda; la paz es nauseabunda... Uno tiene que hacer de cartero; otro tiene que hacer de oficinista; el otro que hacer de jefe; el otro aguantar al jefe; nosotros, que escribir; los otros que leernos o que dejar de leernos... ¿Cuánto mejor que vengan zambombazos y quiten la cabeza al jefe de negociado, y al comerciante de la esquina, y al vecino del cuarto cuarto, y a nosotros, y a los demás?... ¿No es mejor morir de una granada que de una cáscara de naranja?

¿No es mejor que?...

Pero ¿no es mejor callarnos?

¿Si hemos de reventar cualquier día, para qué escribir más cuartillas?

Y es que mientras no haya en la frente novedad, seguiremos años y años sin novedad en el frente.

MANUEL ABRIL



—Sí, querido; las mujeres son completamente idiotas.

—¿¿...??

—Bueno, me refiero a las jóvenes.

Dib. FRÍVOLO.—Zaragoza.

DEL BUEN HUMOR AJENO

El despertar de un viajero, por Trébla

Episodio primero

El señor Sthal, durante un viaje de negocios, va a pasar la noche en un hotel de Reims. Como ha de tomar un tren al rayar el alba, se hace servir la cena, y acto seguido sube a su cuarto a acostarse, no sin antes haber encargado con insistencia al mozo del piso que le despierte a las cinco de la madrugada. Además, como es un poco sordo, añade que será preciso golpear fuertemente la puerta de su cuarto. El mozo promete hacerlo.

Episodio segundo

Mientras el reloj da las cinco, violentos golpes, dados con los puños y con los pies, sacuden la puerta tras la cual reposa el señor Sthal.

Ninguna respuesta viene a colmar

el celo del concienzudo doméstico, que golpea sin cesar. El ruido toma proporciones espantosas. Creyendo que ocurre alguna catástrofe, todos los viajeros saltan de sus lechos, y en camisa invaden los pasillos.

—¿Qué ocurre?—consigue articular el menos sofocado de ellos.

—Cálmense ustedes, señores y señoras. No es nada—declara el mozo—. Es que estoy despertando a un viajero que es un poco duro de oído.

Episodio tercero

Una muchedumbre indignada espera la llegada del dueño del hotel; penetra en su despacho y se queja enérgicamente que un empleado imbécil haya creído lícito sembrar el

pánico en el hotel, so pretexto de arrancar el sueño a otro cretino. Se añade que una señora del segundo piso está desmayada del susto.

Episodio cuarto

A las ocho de la mañana la indignación continúa, cuando aparece un señor viejo que viene, a su vez, a quejarse más enérgicamente que nadie del perjuicio que se le ha causado y del pésimo servicio del hotel.

Es el señor Sthal, que, indignado, exclama:

—¡No me han despertado y he perdido el tren!

P. L. M.



Tomás.—¿Has tenido la gripe tan grave como la mía? He estado sin ir a la escuela tres semanas.
Juan.—Yo he estado mucho peor. La he pasado durante las vacaciones.

(De The Passing Show.)



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste el nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre, indíquese: "Para el Concurso de chistes."
Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.
Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.
¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR
FOTOGRAFO
PUERTA DEL SOL, 13

Dos compadres discutían sobre quién había bebido un vino más añejo.

—Yo bebí una vez un vino muy viejo, muy viejo, que lo tenía mi abuelo en la bodega. Además de tener telarañas dentro del cuello me pareció verle la firma del rey Wamba.

—Pues yo he probado un vino, que mira si sería viejo, que hasta la botella estaba arrugá.

Félix Martín (Córdoba).



—Ella quiere un "auto", ¿y tú le regalas un collar?

—Es que no puedo regalarle un automóvil falso, porque ella se daría cuenta.

(De Le Rire, París.)

—¿Por qué si se rompe un diccionario no tiene arreglo?

—Porque no tiene trigémino.

Pedro M.^a Solana
(Villarrobledo).

Varios amigos se reunieron en Madrid en un restaurant a comer, y uno de ellos comió, no sólo lo suyo, sino parte de los demás.

Terminada la comida dijo uno de ellos: Ahora tomaremos un taxi.

—Mire usted—dijo el glo-

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido declarado desierto.

TAPAS para encuadernar colecciones
semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 pesetas una.

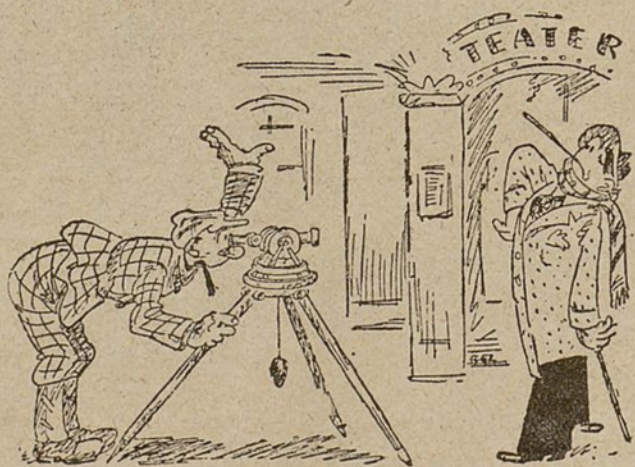
Se remiten certificadas si al enviar el importe acompañan 0,30 ptas.

tón—, eso se lo toman ustedes, que a mí ya no me coje más comida.

Pascual del Rincón Payá.
(Jaén).

El juez.—Se le acusa de haber preparado un veneno con el cual mata a las personas.

El acusado.—Usía comprenderá que yo hubiese inven-



El actor de moda confunde al ingeniero con el fotógrafo.
(De Sondagesnisse-Strise, Estocolmo.)

tado ese veneno, no estaría mi señora madre política tan viva como está.

Manuel Manzano Fernández.
(Cádiz).

El colmo de un legionario:
Alistarse en un tercio de cerveza.

Juan Salido. (Ceuta).

Cinematografando.

Director.—¿Dónde va usted con esa cara, tan mal caracterizado?

VENTILADORES

Los mejores, desde 25 ptas.

RAMON ROMERO

Fuencarral, 68.—MADRID

Actor.—¡Pues ese es el éxito!

Director.—¿Cómo! ¿Por qué?

Actor.—Porque no he empezado a trabajar y ya "impresiono".

Benjamín López. (Madrid).

—No sabía, doctor, que hiciese usted versos.

—Mato el tiempo.

—¿El tiempo también?

Pedro G. Aguilar.

(Santa Cruz de Tenerife).

En el circo:

El tonto.—¡Oye!

El payaso.—¿Qué!

El tonto.—Esta mañana he ido a un pueblo que hay en Cartagena, que hace daño.

El payaso.—¿Que hace daño? ¿Cómo se llama? ¿Los Dolores?

El tonto.—Eso mismo: Los Dolores.

El payaso.—¡Bueno! ¿Y qué has visto?

El tonto.—Nada, que va un hombre en un auto y se cae del auto en un charco de agua; y al mismo tiempo pasa una señorita y dice: ¡Caballero! ¿Hase usted la bondad de repetir lo que ha hecho, que mi niño no lo ha visto?

El payaso.—Hombre, eso era para reirse.

El tonto.—¿Que era para reirse?

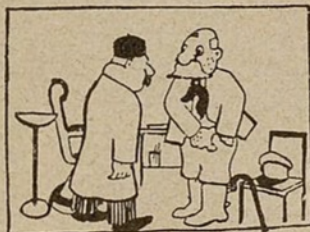
El payaso.—¡Si, hombre! ¿Es que tú no reías?

El tonto.—¡Yo, no!

El payaso.—¿Por qué?

El tonto.—Porque era yo el que se había caído.

Jaime Sánchez. (Cartagena).



—Conque me tiene que dormir, ¿no? Bueno, antes déjeme contar el dinero que traigo...

(De *Le Journal Amusant*, París.)

—¿Conoces un can que esté hueco?

—Hombre, sí: el can-uto.

Alejandro Guagnino (Tánger).

Niño complaciente.

El enamorado.—Si me traes un mechón de pelo de tu hermana, te doy una peseta.

El niño.—¿Y por qué no me da un duro, y le traigo toda la peluca?

Luis Arenas (Sevilla).

Un borracho entra en una taberna y pide:

—Un frasco de vino.

—¿Blanco o tinto?

—Lo mismo me da. Es para devolverlo...

Samiramis (Valladolid).

Colmos.

El de una institutriz:

Educar a las niñas de sus ojos.

El de un cocinero:

Guisar un pollo bien.

El de un abogado:

Defender a su suegra.

El de un artillero:

Disparar una batería de cocina.



El ventrílocuo "moderno" invita a sus amigos para que oigan su nueva "radio".

(De *Judge*, Nueva York.)

El de un comerciante de mercería:

Vender las medias horas y las ligas patrióticas.

—¡Que si pierdo el juicio, me vuelvo loco!

X. Y. Z. (San Sebastián).

LA HORRA

Presenta las últimas creaciones en sombreros para señoras y niñas. FUENCARRAL, 26, y MONTERA, 15, primeros

Remitimos figurines a quien lo solicite

El de un zapatero:

Hacer un zapato al pie de la letra.

Enriqueta Fernández (Cádiz).

—¡Qué constipado estoy!

¿Qué haces tú cuando lo estás?

—Toser una barbaridad.

El soldado desconocido (Melilla).

Entre abogados.

—¡Chico, estoy desesperado!

—¿Qué te pasa?



—¿Reconoce usted que golpeó a su esposa con una botella?

—No hay que exagerar, señor juez: con media botella.

(De *Pele-Mele*, París.)

Preguntan a un andaluz:

—¿Cuál es la huerta más grande que tú conoces?

—¡La güerta ar mundo!...

Velázquez (Sevilla).

—¿Por qué llevan la cruz en los entierros?

—Porque no puede ir ella sola.

El modesto López (Madrid).

Atropello de automóvil.

La víctima.—¡Caramba! ¡Me ha roto usted las dos piernas!

El chófer.—¡Así aprenderá usted a andar por la calle!

Un testigo (Barcelona).

Entre amigos.

—Me han dicho que piensas casarte.

—Es cierto.

—¿Y qué tienes tú para comer?

—¡Hombre..., tengo la boca! Aurelio Fábregas (Cartagena).

¿Cuál es el golpe de la injusticia?

Declarar Santa, canonizándola, a una Bárbara.

Antonio Núñez (Barcelona).

Entre dos muchachos que están viendo desfilar a un regimiento:

—Oye, ¿por qué van delante los gastadores?

—Pues para convidar a los demás.

Abel y Caín (Utrera).

En el Juzgado.

—Por qué, después de haber tirado a su mujer por la ventana, quiso matarla?

—Porque al bajar a la calle, vi que estaba en brazos de un guardia.

M. P. F. (Lérida).

CANAS

LA CARMELA

AGUA DE COLONIA
HIGIENICA
ELABORACION ESPECIAL
LOPEZ CARO

Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera.

Cuidado con las imitaciones

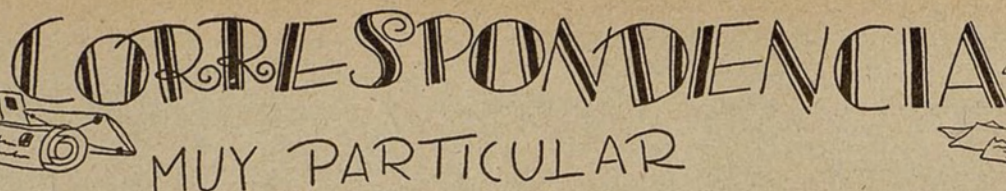
De venta en todas partes.

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA

CUPON

correspondiente al n.º 406 de BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.



Doña Berenguela de Castellfullit (Villanueva y Geltrú). — No sirve, repetable dama.



(De *Caras y Caretas*, Buenos Aires.)



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



Antonio CASER

—¡Señora, de esto sé yo más que nadie! ¡A mí me han salido los dientes comiendo sandías!

Ayuntamiento de Madrid

El Ayuntamiento de Madrid me compra la dentadura postiza